

Una simple palabra

de Claudia Cortalezzi

Capítulo cero

Arnoldo se agachó y trató de levantar el pico de la botella —no quería que alguien se cortase—, pero sus dedos no pudieron asirla, pasaron a través del objeto como si su mano fuese la de un espíritu.

Mara y Sabino hicieron lo mismo con sus propias armas. Y se dieron cuenta de que sus manos derechas —que antes se habían clavado en el cuerpo rojo y líquido— se habían vuelto rojas y líquidas. Y fantasmales.

Mara, Arnoldo y Sabino, los tres de rodillas sobre el pasto húmedo, achicaron el círculo.

Sabino alzó su brazo derecho y lo dejó suspendido frente a su cara.

Los otros lo imitaron.

Y sus manos se traspasaron unas con otras como en una danza macabra.

—Van a recuperar el sentido del tacto —dijo la inconfundible voz—. Quiero decir que el tacto de sus manos derechas se va a reponer en una hora, más o menos. Es la marca del delito —el hombrecito largó una carcajada—. El tacto se va a restablecer, pero el color les durará una semana. No se preocupen, sólo ustedes pueden verlo. Cuando desaparezca la marca, se borrará de sus mentes el recuerdo de nuestro encuentro.

Sabino miró a Mara y a Arnoldo. Los miró como estudiándolos, como queriendo encontrar algo diferente. Vio que los otros también los observaban a él. Cada uno había descubierto una señal en el otro, una marca que tal vez los ayudaría a reconocerse en el futuro.

Pensó en su propia marca de nacimiento: un ojo marrón oscuro y el otro verde. La chica, Mara, nunca podría disimular la mancha negra y abultada entre las cejas. Y el otro..., Arnoldo, llevaría una cicatriz en la mejilla izquierda, una cicatriz de una herida que ahora apenas sangraba.

Arnoldo levantó la mano derecha a la mejilla izquierda, que los otros dos le miraban, y no pudo tocarse. Una hora sin tacto, se dijo. Probó con la otra mano: halló una herida profunda ahí, la parte de abajo colgando. Enseguida retiró la mano.

Y la voz volvió de prepo en sus oídos:

—Cuando desaparezca la marca —repitió—, se borrará de sus mentes el recuerdo de nuestro encuentro. El recuerdo del encuentro y el recuerdo de la palabra que acabo de decirles. La palabra que le corresponde a cada uno, claro está.